

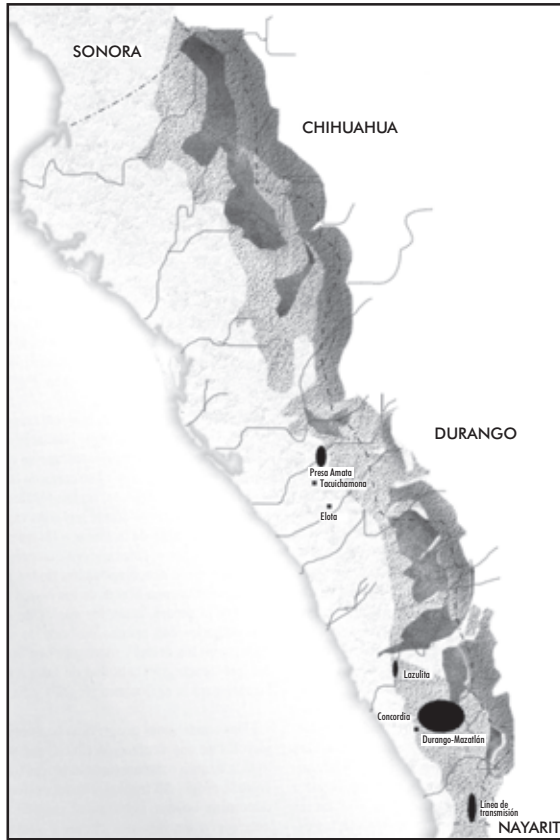
Aproximaciones arqueológicas al centro y sur de la sierra sinaloense

El artículo trata sobre las recientes investigaciones arqueológicas de superficie realizadas en la parte media del centro y sur de la Sierra Madre Occidental, en el estado de Sinaloa. Se presentan los resultados obtenidos en ellas, donde se observa que la mayor parte de los sitios arqueológicos detectados son de carácter habitacional; sin embargo, en algunos se cuenta con edificios de carácter público, en especial los “tastes” o canchas para el juego de pelota. Además se hace énfasis en las manifestaciones gráficas elaboradas por los antiguos habitantes de la sierra sinaloense. Con el propósito de ubicar su filiación cultural se recurre a las fuentes históricas, las cuales presentan un duro retrato de los xiximes, los fieros “caníbales” que habitaban esta zona en el siglo XVI; lo cual contrasta vivamente con los datos arqueológicos, pues a través de ellos sólo podemos inferir la presencia de grupos agrícolas preocupados por la supervivencia, pero que también dejaron constancia de su forma de ver el mundo a través de su edificio de culto: los “tastes” y los grabados en piedra, en los que destacan elementos relacionados con la fertilidad.

La sierra sinaloense, ahora tan famosa en los corridos y la nota roja, se mantiene prácticamente desconocida en lo que se refiere a su pasado. Los escasos trabajos realizados son rescates y salvamentos arqueológicos con motivo de la construcción de alguna obra de infraestructura. Paradójicamente, la inundación de los vestigios bajo presas, el que queden sepultados bajo toneladas de tierra de las nuevas carreteras, su remoción para colocar ahí las moles metálicas de transmisión eléctrica, o su total destrucción para explotar minerales, es lo que nos a dado la oportunidad de conocer un poco, sólo un poco, de los materiales creados y utilizados por los antiguos habitantes, particularmente de la parte baja de la Sierra Madre Occidental, en su flanco poniente, el que se asoma al mar (fig. 1).

Pero, ¿quiénes eran estos antiguos habitantes? En el siglo XVI, desde la cuenca del río San Lorenzo y hasta por lo menos el río de Las Cañas, era territorio xixime.

Las pocas referencias históricas que tenemos sobre los xiximes coinciden en calificarlos como uno de los grupos más fieros y belicosos de cuantos habitaban el noroeste de México durante la época del contacto. Esto se puede rastrear desde la primera entrada de los europeos a lo que hoy es territorio sinaloense, pues en Chametla les informaron que estaban en continuas guerras “con una gente que estaba en las sierras” (Sámano, 1980: 281).



● Fig. 1 Mapa del estado de Sinaloa donde se marcan las áreas que han sido objeto de investigaciones arqueológicas en la parte media de la Sierra Madre Occidental.

Tal visión fue confirmada poco después, cuando Gonzalo López incursionó por la sierra siguiendo el curso del río San Lorenzo; ahí, en medio de grandes fatigas, causadas tanto por las propias sierras —que estaban “de tal manera, que por ninguna parte podíamos salir de ellas, aunque muchas veces lo probamos por todo el río arriba” (López, 1964: 102)— como por la gente que habitaba en sus orillas, particularmente en las confluencias del río con arroyos “en los cuales había mucha población..., y hallamos que estaba alzada toda la gente, y tenían alzados todos los bastimentos” (*idem*).

No obstante, las mayores menciones —la opinión que más peso ha tenido en los adjetivos que desde entonces se han endilgado a los xiximes— se deben a Baltasar de Obregón, el “Bernal Díaz del norte y primer historiógrafo mexicano” según el decir de Mariano Cuevas.

Es Baltasar de Obregón quien nos relata el periplo de Francisco de Ibarra durante la reconquista de la provincia de Chiametla, pues luego de treinta años de la entrada de Nuño de Guzmán, sus habitantes, particularmente los de la sierra, “estaban alzados y vivían contra la ley de Dios nuestro Señor, siendo glotones de carne humana” (Obregón, 1988: 101). Estos habitantes serranos como antaño tenían conflictos con los de la llanura, por lo que Ibarra se sirvió de éstos y

[...] mandó y apercibió a los de Chiametla que se previniesen para ir contra los de Cazalotlán; lo cual pusieron por obra de muy buena voluntad, con mucho cuidado, solicitud y alegría porque eran sus enemigos, con quien de ordinario traían guerras y les habían muerto y comido muchas mujeres e hijos, deudos y amigos y robándoles muchos bastimentos [...] (*ibidem*: 104).

La cosa no resultó tan fácil, pues además de lo escabroso del territorio, ya que “habitan y asisten... en las sierras ásperas, quebradas, cóncavas y riscos de su altura”, tuvieron que enfrentarse a “los caribes serranos, gente salvaje, vil y villana, indómita y glotona de carne humana y tan fiera que por gala trae cola y espejo en la trasera, aunque es gente belicosa y valiente” (*ibidem*: 103).

Sin embargo, obtuvieron la victoria con la inesperada ayuda de los negros, quienes atemorizaban en alto grado a los xiximes porque creían que “volaban por los aires y los sacaban de las cuevas” (*ibidem*: 105). Ibarra aceptó la capitulación sólo si dejaban de comer carne humana y de practicar “el pecado nefando que le usaban” (*ibidem*: 106).

Indudablemente, fue la antropofagia el rasgo de los xiximes que más impresionó a los españoles (hay diez menciones en seis páginas), y lo consideraron causa de todos sus males, no sólo por castigo divino sino hasta por razones mundanas, como señala Baltasar de Obregón en su amplia explicación:

[...] porque eran estos fieros caribes, glotones de carne humana, y tan continuos y ordinarios a este abominable vicio que siendo como fue esta provincia poblada de mucha cantidad de gente, los fueron comiendo, acabando y consumiendo, de suerte que aun no halló el

gobernador Francisco de Ibarra cinco mil hombres en toda la provincia, habiendo salido de guerra en otro tiempo antes a Nuño de Guzmán mucha más cantidad. De sola una parcialidad se hallaron en Jamoroa, pueblo pequeño de la sierra, dos mil calaveras en una sola casa y gran suma de huesos de gente que han comido (*idem*).

No debe de sorprendernos, pues, que esa sea la clasificación que han obtenido los xiximes por parte de los investigadores modernos, desde Carl Sauer (1998) hasta Sergio Ortega (1999).

Las investigaciones arqueológicas en la sierra

Tomaremos como referencia la cota de 200 msnm para adjudicar los sitios arqueológicos como pertenecientes a la serranía y, por ende, quizá a los xiximes. Si bien no deja de ser arbitrario, esto se hace por ser ésta la altura aproximada correspondiente a la actual población de Cacalotán, señalada en documentos del siglo XVI como uno de los poblados principales de los “caribes serranos”.

La primera mención sobre vestigios arqueológicos en la parte baja de la serranía sinaloense se remonta a 1930, cuando Carl Sauer y Donald Brand llevan a cabo la primera investigación arqueológica formal en el estado de Sinaloa (Sauer y Brand, 1998). Si bien su recorrido se centró en la planicie costera, en particular en las vegas de los ríos, tuvieron noticia de que en los alrededores de Concordia, ubicada en el pie de monte, había también “ollas y monos” ubicados en lomas bajas. Registraron dos pequeñas concentraciones de cerámica similar a la de la planicie, pero de aspecto bastante más primitivo. Y aun cuando también consignaron uno de los hallazgos más interesantes de su investigación, curiosamente éste casi siempre ha quedado fuera de las interpretaciones sobre el pasado de Sinaloa.

Así, donde comienza a elevarse la sierra, en el cerro llamado El Pirámide, observaron “un claro de forma rectangular de 25 por 30 m. En los extremos norte y sur hay unas paredes de piedra parcialmente en ruinas, cuya altura, sin embargo, llega hasta el pecho de un hombre. El lugar es conocido localmente con el nombre de ‘la cancha de pelota de los antiguos’” (*ibidem*: 39). El paraje en realidad se llama El Pirame y está en las cercanías del río Pánuco (fig. 2); por desgracia, fue arrasado hace varios años para construir un “rancho ecológico” que ya no funciona, por lo que de las paredes ya no queda ni rastro. Asimismo, en las estribaciones de la sierra, entre Badiraguato y el río Piaxtla, encontraron una serie de sitios con características diferentes a los asentamientos de la costa, por lo que fueron considerados como una cultura distinta, a la que bautizaron como “cultura Tacuichamona” (*ibidem*: 58-59).

Sería hasta finales de los años sesenta cuando el área volvió a ser visitada por un arqueólogo. En 1968 Stuart Scott realizó un somero reconocimiento de superficie en las partes bajas y medias de la sierra, entre Escuinapa y los límites de Sinaloa y Nayarit. A pesar de la extremada brevedad de su recorrido —apenas un día—, logró ubicar tres sitios arqueológicos, dos de ellos con singulares características.



● Fig. 2 Foto del cerro El Pirame; ubicado en las cercanías de Concordia, Sinaloa, a cuyo pie se encontraba un sitio arqueológico con una de las presencias más claras de un “taste” o cancha para el juego de pelota, ahora lamentablemente desaparecido.

A escasos 3.2 km de la antigua Hacienda de La Campana se localiza el sitio llamado Las Iguanas, donde sólo había una pequeña cantidad de material arqueológico disperso en la superficie, por lo cual concluyeron que se trataba de un “campamento de corta duración” (Scott, 1968: 9). Sin embargo, en las cercanías del rancho La Ciénaga, a 350 msnm, localizaron otro asentamiento de mayor tamaño y complejidad, pues además de la gran cantidad de materiales asociados a una serie de alineamientos de piedra, que forman tanto cuartos aislados como conjuntos, detectaron también varias terrazas y —quizá lo más importante— una zona interpretada como una cancha para el juego de pelota. Ésta se ubica sobre un área plana limitada por dos muros bajos y mide casi 21 m de largo por 12 de ancho. Por medio de un ligero sondeo practicado en el centro de la cancha se recuperaron algunos huesos humanos, en probable asociación con una vasija de cerámica (*ibidem*: 10). Finalmente, en la ranchería El Rodeo se encuentra el sitio conocido como El Vigal y tiene características semejantes al anterior, pues también cuenta con un juego de pelota y una serie de cuartos, algunos de ellos son inusualmente grandes y superan 24 m por lado.

En lo que respecta a la cerámica de dichos asentamientos, es bastante simple, con poca variación de color (Sweetman, 1968: 46). Sin embargo, en la Ciénaga se detectó el tipo *Red Rimmed Utility Ware*, uno de los diagnósticos de la fase Baluarte (500-750 d.C.), y una vasija cuya decoración recuerda al tipo Tuxpan rojo/naranja (*ibidem*: 47), uno de los tipos básicos de la cerámica Aztatlán, en uso después de 750 d.C. Por tanto, es probable que la ocupación de la ladera de la sierra se haya dado entre las postrimerías del Clásico y los inicios del Posclásico.

Nuevas investigaciones

Por nuestra parte, el primer acercamiento a los vestigios arqueológicos de la sierra se dio con motivo de la construcción de una pequeña presa en la parte media del río San Lorenzo. Será construida en terrenos ubicados en el municio-

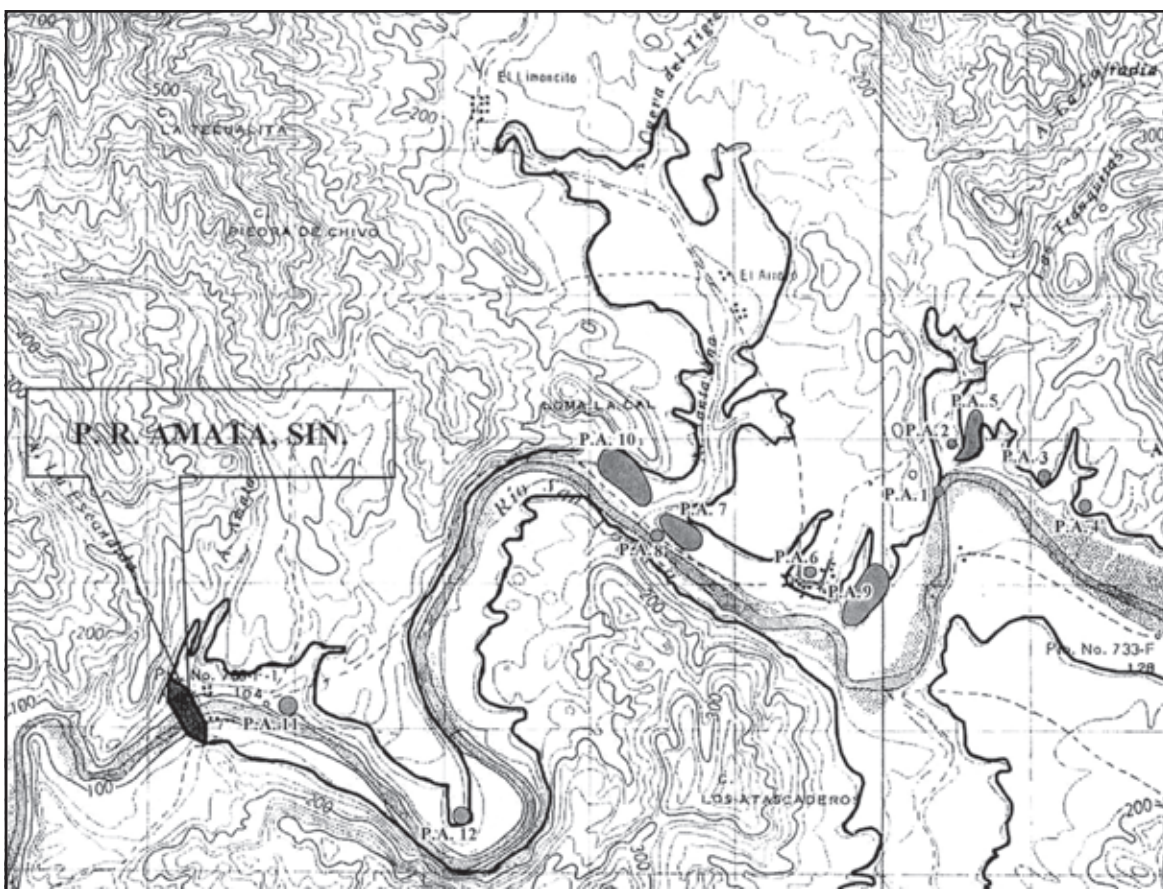
pio de Cosalá, Sinaloa; más específicamente, los terrenos pertenecen al Ejido San Juan Bautista, cuyo poblado principal es Alayá (Grave, 2003).

Si bien el trabajo se limitó a un reconocimiento de superficie en el que se registraron 12 asentamientos, fue posible acceder a ciertos datos, cuya perspectiva general permite apuntar algunos comentarios. Se hizo evidente la presencia de grupos con un patrón de asentamiento que, dadas las condiciones de aridez imperante en la zona, dependía casi por completo del río. Expliquémonos. Los sitios arqueológicos, tanto de la época prehispánica como posteriores —e inclusive las comunidades actuales—, se ubican de preferencia, a orillas del río San Lorenzo, en particular en el margen norte por disponer de una mayor presencia de terrazas aluviales, y es precisamente sobre ellas donde se asientan los poblados (fig. 3).

La cerámica recuperada en los sitios arqueológicos de la parte media del río San Lorenzo es escasa y de acabado simple. La inmensa mayoría es monocroma y en mucha de ella el acabado es liso, aunque otras piezas sí presentan un baño y pulimento.

Los colores usados son principalmente anaranjado y rojo, y en menor medida café y crema. Las formas básicas son ollas y cajetes, pero hay también tecomates, cazuelas y, ocasionalmente, jarras. En todos los casos, fueron elaboradas con pasta gruesa y de textura granulosa, como si hubiese sido utilizada tal y como se recoge del banco de arcilla, sin someterla a un proceso de cribado.

Por otra parte, en el sitio El Milar (PA5), el de mayor concentración de materiales, se recuperaron cinco fragmentos de olla decorados con bandas y líneas rojas sobre un fondo crema (fig. 4). En este caso la pasta es de color cremoso y mucho más fina —o si se quiere, mucho menos burda—. Sin embargo, durante su decoración el artesano no fue muy cuidadoso y es posible observar varias manchas de color anaranjado y negro, que o bien son accidentales, o son parte de la decoración original que se ha perdido, por lo que tal vez pueda tratarse del tipo que Sauer y Brand denominaron “Policromo de Tacuichamona”, y es descrito como “una cerámica rojo y



● Fig. 3 Mapa con los sitios arqueológicos detectados en el área inundada por la Presa Amata, en la parte media del río San Lorenzo, Sinaloa.

negro sobre bayo. Pasta media. Sin engobe. Sumamente pulida. Se fabrica también una cerámica policroma tosca con pesadas bandas rojas y negras y dibujos sobre fondo bayo” (Sauer y Brand, *op. cit.*: 89).

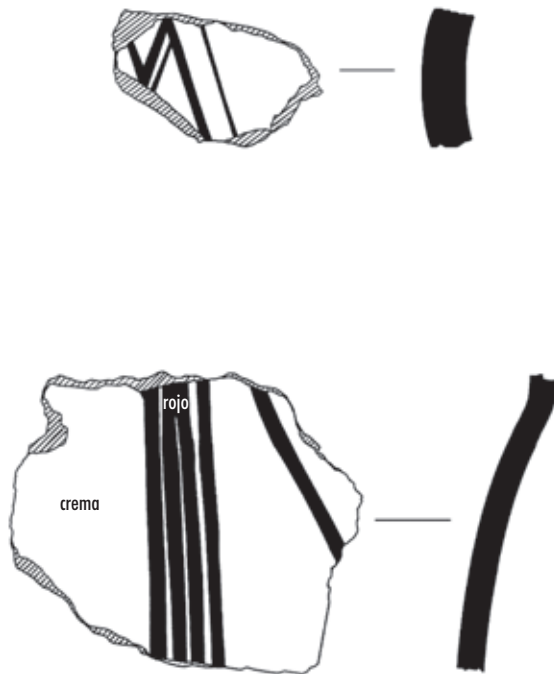
Asimismo, se recuperaron dos malacates, uno en Alayá (PA9) y otro en Los Hornos (PA10), los dos asentamientos, junto con El Milar (PA5), con mayor cantidad y calidad de materiales (fig. 5). El primero es pequeño, redondeado y tiene decoración incisa aun cuando parece obra de un principiante, pues las líneas están hechas con tan poca pericia que todas quedaron chuecas. De todas formas, se las arregló para colocar dos líneas en el centro rodeando toda la circunferencia y en cada uno de los extremos dibujó una flor de cinco pétalos.

El otro malacate tiene forma de barril y está igualmente decorado con incisiones que, si bien

son más profundas, acusan la misma falta de experiencia. Presenta una línea cerca de uno de los extremos que lo rodea, y en ese mismo extremo, que consideramos el superior, hay una estrella de cuatro puntas; por la forma y tamaño podemos interpretarlo quizá como una pesa para red de pesca, antes que malacate.

Al igual que la cerámica, los artefactos de piedra también son sencillos. Por lo general se elaboraron mediante el aprovechamiento de piedras con una forma ya adecuada, y a través del uso continuo se le fue dando un acabado hasta su forma final. Así fue fabricada la mayor parte de objetos de molienda y algunos pulidores.

Sin embargo, algunos artefactos son resultado de un trabajo completo, como en el caso de metates y manos de metate, y cuyo fuerte desgaste evidencia que fueron utilizados durante largo tiempo.



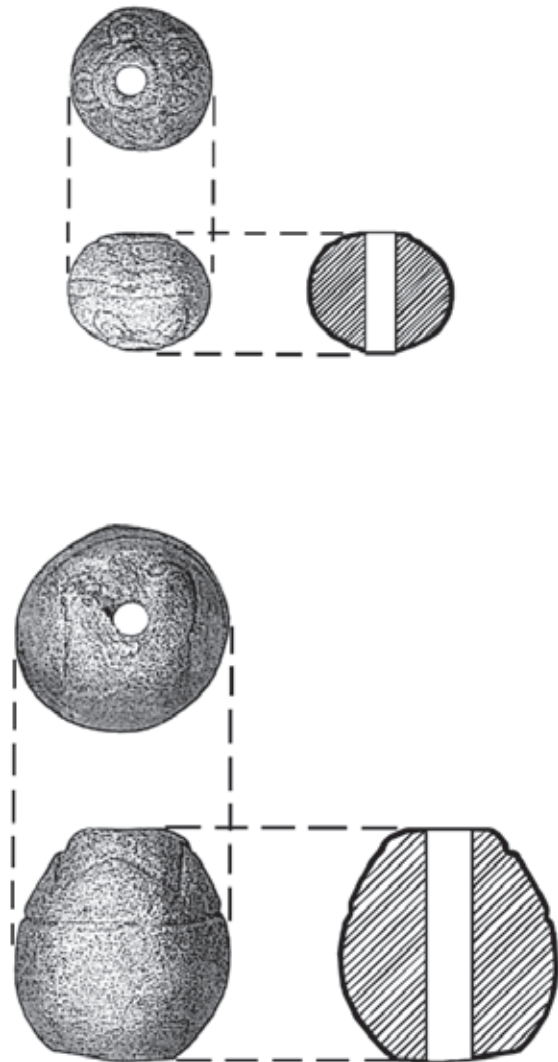
● Fig. 4 Tipo "Tacuichamona policromo" recuperado en el sitio El Milar, durante el reconocimiento de superficie en la Presa Amata.

En este rubro destacan las hachas de garganta, cinco de ellas localizadas en El Milar (PA5) y tres más en Los Hornos (PA10); fueron elaboradas sobre una piedra de grano fino y color verdoso, probablemente granito. Hay cinco de garganta de $\frac{3}{4}$ y tres de garganta completa (fig. 6).

La lítica tallada es muy escasa, por lo que únicamente se recuperó un cuchillo de forma trapezoidal elaborado sobre una lasca de granito; un cuchillo pequeño realizado en sílex blanco con retoque bifacial, y dos lascas de obsidiana: una de color oscuro retocada y sin brillo, y la otra de color verde.

Igualmente, en el paraje conocido como La Cofradía localizamos un sitio con seis piedras grabadas, las cuales se encontraban en el margen norte del río San Lorenzo, en la confluencia con el arroyo La Cofradía.

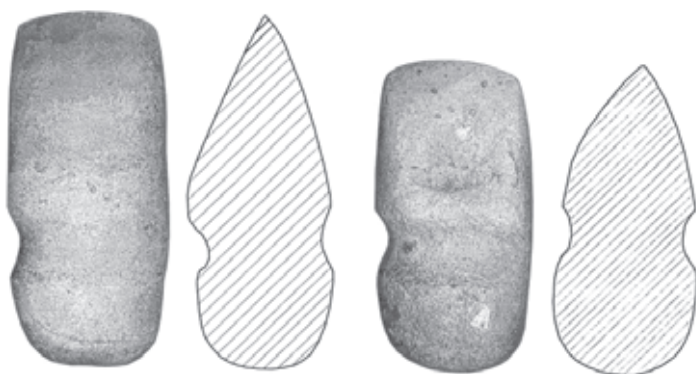
La piedra uno tiene grabados varios diseños en su parte superior, los más notorios son una especie de flor con ocho pétalos, mas en realidad parece una representación del sol. También se distingue un rostro humano esquematizado, insinuado apenas por tres agujeros para represen-



● Fig. 5 Malacates recuperados en el reconocimiento de superficie del área de inundación de la Presa Amata.

tar los ojos y la boca. Entre ambos hay otras hendiduras, pero tan erosionadas que las formas no alcanzan a distinguirse (fig. 7).

La piedra dos también presenta varios diseños. En la parte superior hay un círculo excavado con diversos hoyuelos que quizá representen el rostro humano. En una de las caras laterales, orientada a la izquierda, se observa una serie de líneas verticales y horizontales, y junto a ellas destaca —en la parte inferior derecha— una figura humana de cuerpo completo con los brazos levantados sobre la cabeza. Esta figura se distingue por tener solamente tres dedos en las



● Fig. 6 Hachas de garganta de $\frac{3}{4}$ recuperadas durante el reconocimiento de superficie en la Presa Amata. Ambas fueron localizadas en el sitio Los Hornos.



● Fig. 7 Uno de los petrograbados del sitio arqueológico La Cofradía, ubicado en los límites del área de inundación de la Presa Amata.

manos y pies; finalmente, en la parte inferior tiene un cuadrado grande enmarcando a uno más pequeño.

La piedra tres sólo presenta en su cara derecha, la que da hacia el río, una especie de cepillo excavado en la roca, la cual semeja más bien un macerador para papel amate. La cuarta piedra nada más tiene dos diseños: el primero es antropomorfo y el otro es similar a la flor o sol de la piedra uno.

La piedra cinco es un círculo grande hecho con dos líneas, como una especie de rueda, y bajo ésta hay otros dibujos, entre los que se perciben al menos dos rostros humanos. Por últi-

mo, la piedra seis está casi completamente bajo el agua y presenta dos pozuelos en la parte superior, así como dos diseños en la cara norte: uno tiene forma de “U”, y el otro es un rostro humano apenas esbozado.

En suma, los asentamientos prehispánicos localizados en el área de embalse de la Presa Amata son de carácter habitacional: éstos van desde una pequeña casa aislada hasta caseríos que incluyen varias hectáreas. En este sentido destacan El Milar (PA5) y Alayá (PA9), ambos localizados sobre sendas mesetas alargadas, a una distancia y altitud desde la que resulta muy fácil acceder al agua, y que también los mantenía a salvo de las predecibles crecidas del río en la temporada de lluvias, como consecuencia del agua que baja de las partes altas de la sierra.

Ambos sitios se localizan también en las cercanías del área en que se forma una pequeña vega casi plana, donde los sedimentos acarreados por el río permitieron la formación de suelos más gruesos y ricos en nutrientes, más aptos para la agricultura. El cultivo principal debió ser el maíz, como prueba la relativa abundancia de

objetos para molienda entre los materiales arqueológicos recuperados; dichos utensilios fueron aprovechados al máximo, como se deduce del excesivo desgaste observado en la mayoría de ellos.

Asimismo, la presencia de hachas nos señala la necesidad de desmontar continuamente los terrenos, quizá como resultado de utilizar la técnica de roza y quema en las zonas que no se encuentran directamente a orillas del río y donde los suelos no son muy productivos, por lo que es necesario dejarlos descansar un tiempo.

La dieta debió ser complementada con productos de la pesca, la caza y la recolección, si

bien esto podemos inferirlo únicamente de las condiciones geográficas, no por evidencia arqueológica directa.

Por otro lado, a partir de la presencia de los dos malacates se podría aducir el cultivo de algodón, pero las condiciones geográficas no son las más adecuadas para ello. Por tanto, este producto pudo haber llegado de la llanura costera, donde sí se cultivaban; es decir, los malacates son prueba de que se hilaba algodón, no de que se cultivara. Junto con el algodón debió llegar la escasa obsidiana utilizada por estos grupos sociales, ya que además de resolver las mundanas cuestiones de sobrevivencia diaria, tuvieron tiempo de plasmar en piedra las manifestaciones gráficas de tales vivencias.

Otro reconocimiento de superficie fue realizado en las márgenes de la parte media del río Presidio (Grave, 2004) (fig. 8). Mediante un reconocimiento de superficie ahí se detectaron seis sitios arqueológicos, que incluyen desde una simple concentración de materiales hasta vestigios de arquitectura pública. Vale la pena describir dos de ellos:

El primero fue registrado como Lazulita y se encuentra sobre una serie de pequeñas mesas situadas sobre la vertiente oeste del río Presidio; destaca por la gran cantidad de metates —y sobre todo manos de metate— diseminados en un área de cuando menos 600 m de largo por 200 de ancho, siempre siguiendo la vertiente oeste del río, y se asocian a varios muros de contención de terrazas.

Además, en una pequeña meseta desde la que se domina una parte del río pudimos observar claramente los cimientos de un cuarto cuadrangular con apenas 5 m por lado. Fue elaborado con piedra de río y todavía son visibles los alineamientos (fig. 9). A su alrededor se concentran las manos de meta-

te, e incluso fue posible recuperar un fragmento de una navaja de obsidiana verde, dos lascas de obsidiana gris y un fragmento de hacha.

Por otra parte, el sitio denominado El Debonal está sobre la vertiente contraria del río, en la ladera del cerro La Verde, y lo dividimos en dos conjuntos. En el primero, al Norte, se observaron los muros de contención de dos terrazas. El más alto es bastante claro y tiene gran cantidad de piedra de río. El de más abajo resulta menos visible, pero a un lado del mismo, en un hoyo dejado por la reciente caída de un árbol, se recuperó un fragmento de molcajete de cerámica que incluye el soporte. En el resto del área abundan fragmentos de metates y manos de metate.



● Fig. 8 Vista general de la parte media del río Presidio, Sinaloa.



● Fig. 9 Restos de los cimientos de una casa prehispánica en el sitio arqueológico Lazulita, ubicado en la margen oeste del río Presidio, Sinaloa.

En el conjunto Sur, ubicado sobre una meseta más o menos amplia, se realizaron los hallazgos más significativos del breve reconocimiento. Se detectó un complejo arquitectónico formado por una terraza con más de 100 m de largo, cuyo muro de contención en algunos puntos rebasa los dos metros de altura (fig. 10); como a 40 m al Este se encuentran un par de estructuras alargadas y paralelas que miden 28 m de largo por tres de ancho, y altura de apenas un metro, separadas entre sí por aproximadamente 20 m. El espacio entre ellas es completamente plano y limpio, como si hubiera sido nivelado intencionalmente (fig. 11). En función de estas características no vacilamos en inter-



● Fig. 10 Una de las terrazas del sitio arqueológico El Debonal, ubicado en la margen este del río Presidio, Sinaloa.



● Fig. 11 La cancha y uno de los largueros del “taste” identificado en el sitio arqueológico El Debonal, en el río Presidio, Sinaloa.

pretarla como un “taste”, es decir, una cancha para el juego de pelota.

Por último, en la parte baja de la meseta en dirección al río hay otra serie de terrazas que se extienden casi hasta la ribera, y sobre una de ellas encontramos los cimientos de dos cuartos. Uno de ellos es de construcción reciente, mientras el otro es prehispánico; asociados a ambos hay una relativa abundancia de metates y manos de metate, pero como todos denotan una fabricación de tradición prehispánica, es posible que en la casa moderna se hayan reutilizado estos elementos.

A lo largo de toda la meseta hay cierta cantidad de tepalcates pulidos, algunos de ellos muy erosionados, ya que por lo regular se observan los espacios dejados al descubierto por las escorrentías. El resto de asentamientos se componen básicamente de algunos tiestos, una relativa abundancia de lítica pulida y unas cuantas hachas de garganta; sin embargo, prácticamente todos los sitios presentan muros de contención de terrazas.

Más recientemente tuvo lugar el reconocimiento arqueológico del eje de trazo donde se construirá la nueva carretera Durango-Mazatlán, en el tramo correspondiente al estado de Sinaloa (Grave, 2005). En esa zona la corriente de agua principal es el río Pánuco (fig. 12). Entre los 200 msnm y la población de Santa Lucía, ubicada a casi 1300 msnm, se localizaron 12 asentamientos: uno de ellos corresponde a los restos de la Hacienda Arrona, los otros 11 muestran evidencias de ocupación prehispánica.

Esta es la región de las quebradas, que en este caso abarca entre 600 y 1500 msnm, y en dicha zona únicamente se registraron tres sitios arqueológicos, todos en la Meseta de Santa Lucía, una de



● Fig. 12 Vista general de la región de las Quebradas, parte media-alta de la Sierra Madre Occidental en el estado de Sinaloa.

las pocas áreas planas por donde pasará la nueva carretera a estas alturas.

Los tres asentamientos se ubican en las cercanías del arroyo Santa Lucía, que a su vez desemboca en el río Chirimoyos, unos 300 m más abajo. La primera de las concentraciones de material arqueológico se ubica sobre la loma que ocupa el extremo norte de la meseta, desde la que es posible una vista panorámica del barranco. Los vestigios arqueológicos incluyen una regular cantidad de cerámica monocroma y cierto número de lascas de obsidiana gris, algunas con notorias huellas de uso. Por otra parte, el hallazgo de tres pequeñas puntas de proyectil con muescas y aletas, elaboradas con obsidiana gris translúcida, puede considerarse como sobresaliente (fig. 13).

Unos cien metros hacia el Oeste, sobre una pequeña loma al costado del cementerio de la localidad, se detectaron algunos tepalcates de apariencia prehispánica, aunque la mayor parte son modernos. Sin embargo, el material incluyó varias lascas de obsidiana y una punta de proyectil de obsidiana gris verdosa, con muescas y aletas menos pronunciadas que las anteriores (fig. 13, abajo der.).

En las cercanías también se observaron los cimientos de un cuarto rectangular de apenas seis por cuatro metros, así como una pequeña estructura circular de sólo un metro de diámetro. No fue posible determinar si el material

asociado es moderno o prehispánico, por fortuna la construcción de la nueva carretera no lo afecta directamente.

La tercera concentración está sobre otra loma, en la vertiente sur de la meseta. Ahí se recuperó una cantidad regular de cerámica y lítica tallada entre las que destacan tres cuchillos de pedernal y dos fragmentos de punta, una de pedernal y otra de obsidiana gris clara.

Así las cosas, los poblados se ubicaron en una zona plana con relativamente fácil acceso al agua; esto es, un área susceptible de haber sido explotada agrícolamente, a pesar de las limitaciones que presenta el suelo boscoso para esas actividades.

Sin embargo, las características de los tres asentamientos de la meseta señalan sin duda que estamos ante grupos que practicaban la agricul-



● Fig. 13 Puntas de proyectil de obsidiana recuperadas en los sitios arqueológicos de la Meseta de Santa Lucía, zona media-alta de la Sierra Madre Occidental en el estado de Sinaloa.

tura y no dependían exclusivamente de la caza y la recolección. Tales son, por supuesto, la presencia de cerámica y una posible asociación de cimientos de piedra, lo cual indica además una ocupación relativamente prolongada, o al menos no demasiado reducida.

En la zona media de la sierra, el accidente fisiográfico que domina el paisaje del transecto que afectará la construcción de la nueva carretera es el río Pánuco, y es precisamente en sus orillas donde se ubica la mayoría de asentamientos; siempre sobre terrazas naturales alejadas de las previsible inundaciones en época de lluvias, pero todavía lo bastante cerca del agua, que es donde se desarrollan los suelos más aptos para la agricultura.

Asimismo, las características de los materiales señalan que se trata de grupos agrícolas asentados de manera permanente; pues en general los sitios arqueológicos se componen de una regular concentración de material cerámico, en su mayor parte con formas de uso doméstico; hay también objetos de molienda y hachas de garganta; los primeros servirían para moler granos y las segundas para desmontar los campos de cultivo.

Todo esto confirma que si bien los habitantes de esta región tenían como actividad principal la agricultura, seguramente no menospreciaron la recolección, la caza y la pesca. Estas dos últimas tareas podemos inferirlas de la presencia de puntas de proyectil en varios de los asentamientos arqueológicos registrados.

Aunque quizá resulte superfluo el comentario, no está de más reiterar que los datos recabados en esta investigación indican que los vestigios prehispánicos encontrados fueron dejados por grupos agrícolas sedentarios y no por hordas de cazadores recolectores, como es la creencia generalizada.

Sin embargo, la pregunta es ¿cuándo estuvieron ahí? La respuesta tendría que ser un rotundo *no sé*, pues en general los materiales recuperados no permiten establecer una temporalidad. Lo único que podemos decir con certeza es que en estos grupos humanos todavía no penetraba ningún elemento cultural europeo, y por ello los consideramos como prehispá-

nicos. No obstante, habrá que ser un poco más específicos.

Así, una posible excepción es un tiesto del sitio La Guásima II, ubicado a orillas del Pánuco, que presenta el borde rojo sobre un fondo crema; cierto que está bastante erosionado, pero sus características (pasta y tonalidad del rojo básicamente) permiten identificarlo con los tipos de borde rojo de la primera etapa de ocupación en la llanura costera, es decir entre 250 y 750 d.C. y no con los tipos posteriores que también presentan esta característica, pues en ellos la pasta es mucho más fina (Grave, 2003).

Lo anterior indicaría que ya entonces estaban habitadas las partes medias de la sierra, en particular la orilla del río Pánuco, y que desde tales fechas mantuvieron algún tipo de contacto con los habitantes de la planicie.

Las partes altas de la sierra son más complicadas, pues si bien hay presencia de cerámica, ésta es monocroma y elaborada indistintamente con pasta fina, mediana y gruesa. Los artefactos de lítica, incluyendo puntas de proyectil, no resultan muy explicativas, pues pareciera que su pequeño tamaño se debe, más que a una tradición cultural, a la escasa disponibilidad de materia prima, en este caso obsidiana.

No obstante, un resquicio se abre en este punto. La obsidiana utilizada en los asentamientos de la meseta de Santa Lucía es de alta calidad, tanto en su variedad gris como verdosa. Si asumimos que la obsidiana era proporcionada por los grupos costeros, la temporalidad puede acotarse un tanto, en virtud de que esta clase de obsidiana se ha reportado para la llanura como posterior a 750 d.C., y es particularmente abundante entre dicho año y 1100 d.C. (Grave *et al.*, 2003), época de esplendor de la cerámica Aztatlán. Es posible, entonces, que a este periodo, o uno posterior, corresponda el momento de ocupación de los sitios de la meseta de Santa Lucía. Por otra parte, vale la pena señalar que actualmente se realizan análisis físico-químicos de algunas piezas de obsidiana, a fin de disponer de una identificación más específica.

El último reconocimiento de área correspondió a la zona ubicada entre Escuinapa y el río

Las Cañas, límite natural entre Sinaloa y Nayarit (Grave y Peña, 2004). Esta es la parte baja de la serranía y se distingue por una serie casi continua de lomeríos bajos, con sólo algunos picos montañosos intercalados, entre los que destaca el Cerro del Muerto; en dicha región fueron detectados 14 sitios arqueológicos.

Los vestigios se concentran sobre las lomas, sobre todo en aquellas situadas a orillas de alguno de los numerosos arroyos que bajan de la parte alta de la sierra. La mayor parte de asentamientos se componen de sólo unos cuantos materiales en superficie, sobre todo cerámica monocroma de color ocre y café claro, así como con texturas de líneas paralelas. La lítica, por su parte, se limita casi exclusivamente a lascas de pedernal y obsidiana, esta última por lo general de color gris; no obstante, en el sitio La Pocita se recuperó una lasca de color verde, cuyo análisis superficial indica que su origen puede ser el yacimiento de la Sierra de las Navajas.

En sólo tres asentamientos —La Covacha II, El Fresco y Canelas I— se observaron alineamientos de piedra, y en este sentido sobresale el segundo, formado por varios cuartos cuadrangulares; los asentamientos son de carácter habitacional, pero el sitio Canelas II rompe con el esquema.

Sobre la margen norte del arroyo Canelas, no muy lejos de una zona de meandros, se destaca al pie mismo del arroyo un enorme peñasco de piedra caliza, con una pared en talud hacia el agua. Ahí se tallaron 19 grabados, y al lado de la roca se recuperaron lascas con retoque de obsidiana gris y un poco de cerámica café claro; los petrograbados muestran en general muy buen estado de conservación (fig. 14).

Los diseños más recurrentes son las espirales, ya sean sencillas o en una especie de doble hélice, pero también hay diseños de tipo naturalista y cultural, entre los que destacan soles y escaleras, respectivamente. Otros diseños, a falta de mejor nombre, pueden señalarse como abstractos y entre sus motivos aparecen cuadros con líneas curvas y círculos internos. Llama la atención la ausencia de figuras humanas y de animales.

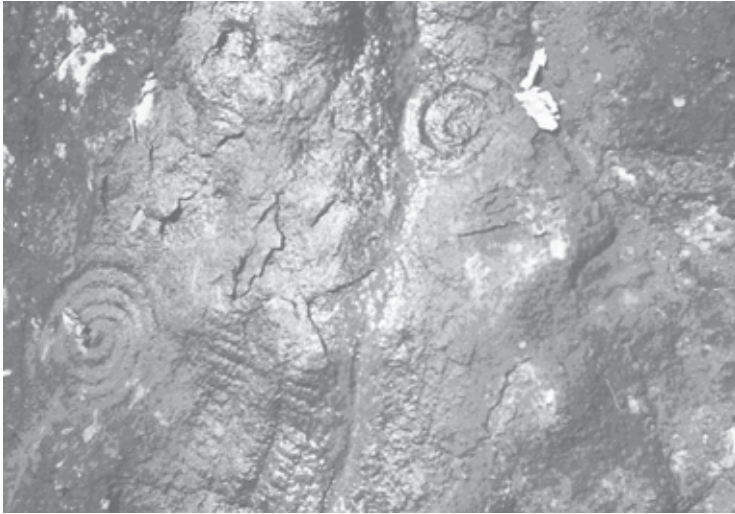
Finalmente, durante una visita de inspección al poblado de Tablón Viejo, ubicado al pie de la sierra, nos mostraron dos piedras con grabados ubicados sobre la orilla misma del arroyo del mismo nombre. Las dos piedras presentan gran cantidad de diseños geométricos y naturalistas, desgraciadamente con alto grado de erosión. De nuevo destacan las espirales y círculos concéntricos, así como figuras antropomorfas y de venados. Entre otros elementos puede mencionarse un triángulo invertido —similar a los encontrados en la sierra, del lado de Durango—, que reiteradamente se ha interpretado como una vulva femenina (Hers, 2005).

Otros sitios reportados

Hasta aquí los lugares han sido registrados con técnicas arqueológicas, o más bien con la presencia de un arqueólogo. Sin embargo, tenemos noticia de zonas geográficas similares en las que se han reportado vestigios arqueológicos, particularmente grabados en piedra.*

Destacan, tanto por su fama como por el riesgo que corren, los petrograbados de Tacuichamona, un poblado de asentamiento circular situado en las estribaciones de la sierrita del mismo nombre, en la parte central de Sinaloa. A un lado del pueblo, y —dónde si no— sobre la misma orilla del arroyo que pasa a un costado, se levanta un peñasco donde se dieron maña para grabar una parte de su visión del mundo. Sus diseños son varios y sobresalen los motivos geométricos, mas no quisiera dejar pasar la oportunidad para destacar la representación de una serpiente por un manifiesto control de la técnica, ya que incluso en foto se puede apreciar cómo lograron expresar con claridad el movimiento, creando la apariencia de que se desliza de la cima de la piedra hacia el río (fig. 15). En las cercanías del peñasco se ha recuperado una gran cantidad de artefactos de piedra, sobre todo metates y manos de metate, así como hachas de garganta.

* Quiero dejar patente mi agradecimiento al arquitecto Mario Martínez López, del Centro INAH Sinaloa en Mazatlán, por su generosidad al proporcionarme las fotografías de estos sitios.



● Fig. 14 Grabados en piedra del sitio arqueológico Canelas II, ubicado en el área limítrofe de Sinaloa y Nayarit.



● Fig. 15 Representación de una serpiente grabada en piedra en las cercanías de Tacuichamona, Sinaloa.

Otro punto importante es la orilla del río Elota, en el municipio del mismo nombre. En la zona de lomeríos bajos, a sólo unos metros de

la zona de inundación y en medio del paisaje espinoso, se levanta una gran mole de granito en la que espirales y soles dominan plenamente el conjunto de diseños grabados en la parte superior (fig. 16).

Por último, en el patio del Palacio Municipal de Concordia, en un lugar privilegiado, tienen un bloque de granito en el que se grabó la cabeza de un animal, probablemente un pez (fig. 17). La pieza puede considerarse una auténtica escultura y fue encontrada a la orilla del río que baja de la sierra antes de pasar por Zavala, poblado cuyos habitantes aún pelean la devolución de la pieza, robada, dicen ellos, por su cabecera municipal.

Comentarios finales

Hasta ahora los asentamientos serranos se han identificado principalmente en las orillas de ríos o arroyos de corriente continua. Los sitios son habitacionales, desde una pequeña casa aislada hasta caseríos que suman varias hectáreas; no obstante, las comunidades más grandes se han reconocido siempre en zonas ribereñas, por lo general sobre mesetas ubicadas a una distancia y altitud desde la que es muy fácil acceder al agua y que a la vez los mantendría a salvo de las predecibles crecidas del río en temporada de lluvias, debido al torrente que baja de las partes altas de la sierra.

Estos sitios se localizan también en las cercanías de pequeñas vegas, donde los sedimentos acarreados por el río permiten la formación de suelos más gruesos y ricos en nutrientes, más adecuados para la agricultura. El principal cultivo debió ser el maíz, como indica el gran número de objetos para molienda recuperados en diversos sitios arqueológicos —y que son todavía más abundantes en los pequeños museos comunitarios de Tacuichamona, San Ignacio y Copala, por mencionar sólo algunos—. Dichos utensilios fueron también aprovechados a caba-



● Fig. 16 Grabados en piedra en la parte media de la sierra del municipio de Elota, Sinaloa.



● Fig. 17 Escultura de un pez localizada en la comunidad de Zavala. Actualmente expuesta en el patio del Palacio Municipal de Concordia, Sinaloa.

lidad, pues casi todos evidencian un excesivo desgaste por el uso continuo. Destaca además la gran cantidad de hachas, lo cual sugiere la necesidad de desmontar continuamente los campos mediante la técnica de roza y quema.

De cualquier modo, la mayor parte de sitios arqueológicos reportados hasta ahora para la sierra sinaloense son de carácter habitacional, si bien tal afirmación se basa en observaciones en superficie y aún falta excavar en varios de ellos para tener una certeza. Excepciones importantes son los “tastes” de El Pirámide o Pirame

(Sauer y Brand, 1998); los sitios reportados por Stuart D. Scott casi en los límites con Nayarit (Scott, 1968) y el complejo de enorme terraza y cancha para juego de pelota de El Debonal, en la cuenca media del río Presidio (Grave, 2004). A su vez, y con base en la evidencia etnográfica, Susan Deeds señala sobre los grupos serranos, en particular acaxeos y xiximes:

Dichos grupos vivían en sitios separados por profundas cañadas y altas cumbres, algunos fortificados con paredes de piedra y adobe a elevaciones considerables (inclusive contaban con sitios de juegos de pelota y estructuras grandes, tal vez de uso comunal), y también vivían en habitaciones más simples de estuco y paja en los fondos de las cañadas donde cultivaban maíz, frijol, algodón, etcétera, a lo largo de las márgenes de los ríos. El maíz se sembraba dos veces al año y se cosechaba en febrero y septiembre. Los indígenas cazaban, pescaban, cosechaban mezcal, y recolectaban miel y cera. Algunos de estos productos eran intercambiados por pescados y conchas de mar (Deeds, 2000: 384).

Por tanto, para la serranía contamos con elementos que nos permiten situar el contexto de vida de los habitantes de esa región:

grupos agrícolas relativamente sencillos, pero —como todos los grupos humanos— preocupados por no faltar a las prácticas rituales que aseguraban la pervivencia del orden del mundo.

Bajo esta perspectiva podemos ensayar una breve reflexión acerca del significado de los petrograbados. Ya que se trataba entonces de grupos agrícolas cuyo único edificio de culto identificado hasta ahora son las canchas para el juego de pelota, ello indica que uno de los rituales principales estaba relacionado con la fertilidad. La mayoría de grabados son espirales y círculos

concéntricos, símbolos tradicionalmente relacionados con el agua y, por tanto, con su consecuencia más benigna: la fertilidad de la tierra. En el mismo sentido apuntan las representaciones de vulvas femeninas, sin olvidar la escultura del pez de Zavala.

Por otra parte, si consideramos que en toda religión el orden del mundo está regulado por el orden del cosmos, no resulta extraña la gran cantidad de soles grabados en casi todos los conjuntos presentados en nuestro informe. Incluso la asociación de escaleras y soles, como en el sitio Canelas II, ubicado cerca de La Pila de los Monos, se ha querido interpretar como la representación de un mito huichol: “La escalera del Padre Sol” (Furst y Scott, 1975).

Por último, partimos de la suposición de que los habitantes de las pequeñas rancherías construyeron los tastos y también hicieron los grabados en piedra, es decir los vilipendiados xiximes. No obstante, queda abierta la cuestión de su extremada ferocidad y glotonería de carne humana. Efectivamente, las hachas y puntas de proyectil podrían considerarse como una prueba de conflictos intergrupales, mientras las noticias acerca de cuevas con huesos humanos podrían ser irrefutable evidencia de su canibalismo.

Sin embargo, “los instrumentos de guerra” son extremadamente escasos y siempre se han encontrado en contextos más propios de las prácticas agrícolas y de cacería, mientras los huesos en las cuevas nos hablarán seguramente de rituales funerarios.

Esto no implica negar la posibilidad de que hayan practicado los sacrificios humanos e incluso el canibalismo ritual. De hecho, la presencia de canchas para el juego de pelota podría aducirse como una prueba de los primeros, pues el juego ha sido asociado con el sacrificio por decapitación. Las víctimas probablemente fueron capturadas en escaramuzas contra otros grupos, tanto de la propia sierra como de la costa, con los cuales mantenían también relaciones de carácter comercial. De hecho, señala Deeds:

Los ritos comunales se enfocaban a la guerra y la agricultura e intentaban asegurar la supervivencia. [...] El

canibalismo ritual se practicaba en los enemigos muertos en la guerra durante fiestas acompañados de lanzas, cantos, tambores y del uso de intoxicantes. La carne humana se cocía con maíz y frijoles e impartía las virtudes de la valentía y el atrevimiento a los consumidores. Los cráneos eran guardados en cuevas y los esqueletos eran colgados de los árboles para invocar cosechas abundantes. Otras danzas rituales se asociaban con la agricultura y vinculaban la fertilidad humana con la fertilidad de la tierra (Deeds, *op. cit.*: 385).

La práctica de los sacrificios humanos y la guerra podrían haber funcionado como elementos que permitirían la cohesión del grupo, haciendo evidente la alteridad entre “nosotros” y “los otros”. En este sentido, vale la pena señalar que la mayor parte, si no todos, de los sitios más grandes y “complejos” se encuentra en áreas que podemos considerar como defensivas, dado el amplio dominio visual del que disponen casos paradigmáticos como El Pirame y El Debonal.

Bibliografía

- Cuevas, Mariano
1998. “Prólogo” a Baltasar de Obregón, *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España escrita por el conquistador en el año de 1584*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 92).
- Deeds, Susan M.
2000. “Cómo historiar con poca historia y menos arqueología: clasificación de los acaxees, xiximes, tepehuanes, tarahumaras y conchos”, en Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.) *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, UNAM-IIA-IIIE-IIH, pp. 381-391.
- Furst, Peter T. y Stuart D. Scott
1975. “La escalera del Padre Sol: un paralelo etnográfico arqueológico desde el Occidente de México”, en *Boletín INAH*, vol. 2, núm. 1, segunda época, México, INAH, pp. 13-20.
- Grave Tirado, Luis Alfonso
2003a. “La región fundada en la tradición. El norte de Nayarit y el sur de Sinaloa, una región a lo largo del tiempo”, tesis de maestría en Estudios

Mesoamericanos, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

2003b. "Informe Presa Reguladora Amata, Alayá, Cosalá, Sinaloa", Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, México, INAH, mecanoescrito.

2004. "Informe de inspección 'Mina Lazulita'", Culiacán, Archivo Técnico del Centro INAH Sinaloa, mecanoescrito.

2005. "Informe de la sección Sinaloa de la Carretera Durango-Mazatlán. Proyecto Arqueológico de Salvamento Carretera Durango-Mazatlán", México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.

- Grave Tirado, Luis Alfonso y Alberto Peña Rodríguez
2004. "Informe de la revisión de los caminos de acceso a la 'Línea de Transmisión Mazatlán II-Tepic II', en el tramo correspondiente al estado de Sinaloa", Culiacán, Archivo Técnico del Centro INAH Sinaloa, mecanoescrito.

- Grave T., L. Alfonso; D. Tenorio; R. Esparza y T. Calligaro
2003. "El sur de Sinaloa y sus relaciones con otras regiones a través del estudio con PIXE de la obsidiana", en *Memoria Electrónica del III Coloquio de la Maestría en Arqueología*, México, Conaculta-ENAH-INAH.

- Hers, Marie-Areti
2005. "Imágenes norteñas de los guerreros Tolteca-Chichimecas", en Linda Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en el centro de México*, México, UNAM-IIA, pp. 11-44.

- López, Gonzalo
1964. "Relación del descubrimiento y conquista que se hizo por el gobernador Nuño de Guzmán y su ejército en las provincias de la Nueva Galicia. Autorizada por Alonso de Mata escribano de S. M. (año de 1530)", en Joaquín F. Pacheco, Francisco de Cárdenas y Luis Torres de Mendoza (eds.), *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados en su mayor parte del Real Archivo de Indias*, Vaduz, Kraus Reprint LTD, t. III, pp. 411-463.

- Obregón, Baltasar de
1988. *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España escrita por el conquistador en el año de 1584*, prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 92).

- Ortega Noriega, Sergio
1999. *Breve historia de Sinaloa*, México, FCE.

- Sámano, Juan de
1980. "Relación de la conquista de los Teules Chichimecas que dio Juan de Sámano", en Joaquín García Icazbalceta (ed.), *Colección de documentos para la historia de México*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 48), t. II, pp. 262-287.

- Sauer, Carl
1998. "La distribución de las tribus y las lenguas aborígenes del noroeste de México", en Carl Sauer, *Aztatlán*, México, Siglo XXI [1932].

- Sauer, Carl y Donald Brand
1998. "Aztatlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del pacífico", en Carl Sauer, *Aztatlán*, México, Siglo XXI, pp. 1-94.

- Scott, Stuart D.
1968. "Sierra Madre Sites", en Stuart Scott (ed.), *Archaeological Reconnaissance and Excavations in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, México. West Mexican Prehistory*, part 2, Buffalo, State University of New York at Buffalo.

- Sweetman, Rosemary
1969. "Pottery Types: Sequence and Geographic Connections", en Stuart Scott (ed.) *Archaeological Reconnaissance and Excavations in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, México, West Mexican Prehistory*, part 2, Buffalo, State University of New York at Buffalo.